

Y Pablo no pudo resistir más á las tenaces exigencias de sus primos, pidió el permiso, y éste le fué concedido con la mayor buena voluntad.

A Pablo no le placían los modos de Juanito (así le llamaba) y en ellos veía cierta repulsiva insolencia y una característica frialdad. Desagradóle en él, desde luego cierta facundia irrestañable, que le llevaba de un asunto á otro, y de este sucesivamente á cien y cien más, deshojando los asuntos, malogrando el tema de cualquiera conversación, siempre con el anhelo de opacar y menospreciar cuanto tenía á la vista para exaltar y poner por las nubes las gentes y las cosas europeas. Viajes, libros, teatros, personas, eminencias políticas, celebridades literarias, poetas, sabios, artistas, modas y usos, costumbres y deportes, vicios aristocráticos, disipaciones y placeres, todo, todo pasaba en la vertiginosa charla del mozo como en apariencia cronotrópica. Listo de lengua, vivaz de ingenio, pero superficial frívolo, inconstante y baltronero deshojaba todo y por todo pasaba, sin dar reposo ni tregua á quienes le oían y sin permitir siquiera que le escuchasen.

Charló á su sabor de los placeres con que París brinda afanosa á la mocedad, é hizo lo de tal manera y por tales caminos que Pablo se vió obligado á detenerle. Hablaba delante de Ramón que era de lo más respetuo-

so con su hermano, y el mancebo no creyó conveniente que así y en semejantes términos, y de modo tan crudo, levantara Juanito ante el muchacho velos tupidos que no era cuerdo levantar frente á un chiquillo que aun no cumplía los quince años de edad.

—Yo de nada me espanto;—dijo Pablo—pero piensa que no hay necesidad de que Ramón sepa esas cosas.

Entonces su primo contestó levantando los hombros desdeñosamente y prosiguió en su charla, velando crudezas y carnalidades, que hacían que el chico se pusiera rojo como una amapola, al serle revelados misterios y secretos impropios de su edad, mas no por eso menos tentadores ni menos capaces de encender su fantasía.

Pero, á decir lo cierto, qué bien que se compadecían, por manera simpática, los dichos y juicios del mancebo son su aspecto elegante, con el corte de sus vestidos, con su cuerpecillo pálido y exangüe, con sus grandes pupilas negras é intensamente luminosas, con sus ojeras violáceas, con la palidez eburnea de aquel rostro aristocrático, con aquellos labios carnosos y sensuales, y con los bigotillos sedosos de agudas guías, vueltos hacia adelante con cierto donaire y cierta gentileza de arresto y bizarria.

—¡Si tú fueras conmigo á París! ¡Si tú fueras—exclamaba Juanito á cada instante

Pablo sonreía, y sonreía Ramón, y Alfonso, al parecer reflexivo, atendía más á las caritas de rosa con quienes topaba al paso que á la conversaci3n de su hermano.

Pálido como éste, como él distinguido, como él endeble y exangüic, con notable acento francés en el habla, Alfonso, igualmente elegante, tenía en la mirada no se qué melanc3lica dulzura, cierta bondad compasiva, cierta expresi3n ensoñadora y lánguida, deladoras de misteriosas secretas añoranzas. Era aquella alma como añojal ansioso de cultivo, como puerto abandonado que parece pedir á gritos hábiles mañas de jardinero experto; avejilla que se ahoga en el suntuoso salón y en la jaula de cristal y suspira por los campos y anhela horizontes inmensos, prados enflorados y aguas límpidas y gárrulas. . . . Traído y llevado de aquí para allá, á punto de abrirse en su corazón las flores de la vida; arrastrado inconscientemente de salón en salón y por el asfalto de las aceras de Paris, sentía que su alma marchita podía recobrar aromas y colores en el retiro de los campos, entre aquellas montañas del valle de Pluviosilla, sobre las cuales principiaban á asomar temblones y límpidos los espléndidos luceros del cielo tropical.

Llegaban al Hotel. Se encendían las tiendas, lanzaba su claridad melanc3lica la luz eléctrica, el Círculo Mercantil brillaba,

dejando ver sus salones desiertos, y al otro lado de la calle, entre sus bordes de sauces y bananeros, protegido por sus álamos, cantaba el río plácido idílico, y enviaba hacia lo alto, hacia la calle caldeada por los fuegos del día, fresco ambiente, rumores de linfa alegre. Un tranvía pasaba á la saz3n lanzando al viento la queja prosaica y vulgar de su cuerno de aviso. . . .

—Alfonso—llamóle Juan—¿Estás ido? Mira. . . mira! ¡Ahí tienes el Sena!

Pablo y Ramón celebraron el dicho con una carcajada. Alfonso permaneci3 en silencio, contemplando el caserío, la cordillera, el cielo, el volcán cuyo ápice níveo iba perdiéndose entre las sombras de la noche

—Es la hora verde!—dijo Juan—¿Dónde habrá una cantina?

—¡Allí!—respondió su hermano, mostrándole la de "El Siglo Eléctrico!"

—Pues vamos.

Llegaron á la cantina y tomaron asiento.

—¿Qué toman?—preguntó el criado.

—¿Qué quieren?—dijo Juan.

—Nada—contestó Ramoncillo.

—Sí; algo!—replicó su primo.

—Pues. . . un refresco!

—¿Y tú, Pablo?

—Cerveza.

—Y tú?

—Una limonada.

—Muchacho, ya lo oyes:—dijo Juan a'

criado—un vaso de cerveza, dos limonadas y para mí.... un ajenjo sin jarabe, y con un trozo de hielo!

—¿Bebes ajenjo?—prorrumpió Pablo.

—Siempre, antes de comer!



IX.

Pablo dejó á sus primos en la cantina y fuese con Ramoncito al Hotel, donde se encontró á sus hermanas y á doña Dolores. Allí estaban también don Cosme y el canónigo, los cuales habían llegado con el capitalista.

Don Juan había recorrido media ciudad. Venía el buen señor muy satisfecho de los adelantos de Pluviosilla, y maravillado de su prosperidad.—“¡Qué rápida extensión en tan pocos años!—repetía.—No me lo esperaba yo!” Lamentaba, eso sí, que á tales prosperidades no fuesen unidas las obras de embellecimiento que reclamaba la ciudad, y que debían ser como natural consecuencia del aumento de población y del crecimiento de las fortunas.—“Ya es tiempo,—

no cesaba de replicar, —ya es tiempo de que piensen en el embellecimiento y adorno de Pluviosilla! ¡Con tanta gente y tantas fábricas deben estar repletas de oro las arcas municipales! Así tiene que ser, pues de otra manera todos estos brillos que me han dejado absorto, no serían más que esplendores de oropel! Así, tal como me la encuentro, paréceme Pluviosilla una beldad agreste cuyos encantos y cuya núbil lozanía piden galas y adornos para lucir y triunfar. Ciudad muy linda es ésta, muy favorecida por el Cielo.... ¿Qué necesita? Cómodas calles, elegantes edificios, avenidas adoquinadas que hagan fácil el tránsito de los carruajes. ¿Por qué no hay aquí muchos coches? Porque con calles como éstas, es imposible que los haya. El teatro aunque de traza regular, pide aseo y elegancia en pasillos y escaleras; pide un "foyer" suntuoso...." Y de todo hablaba, de todo parecía instruido, en el poco tiempo que había durado el paseo. El mozo fue recibido muy cariñosamente por sus tíos y por su prima. Se quejaban de no haberle visto en todo el día.... El muchacho se disculpaba alegando deberes de su empleo. Permanecía en la "Fábrica del Albano," durante todo el día, de seis á seis.... Pero, como era debido, en esta ocasión había pedido licencia de dos días para no ir al Despacho. Le tenían á sus órdenes, y con los recién llegados iría á todas partes.

—Comeréis acá todos, ¿no es eso?—dijo el capitalista.—No me falta apetito; pero me esperaréis un rato. Vosotros los muchachos charlad aquí, ó id en busca de Alfonso y de Juan. Mientras yo arreglaré con Lola un asunto importante, y para ello necesito de mi señor Doctor. El bueno de don Cosme conversará con Carmen.

Las señoritas, inclusa Elena, se dispusieron á salir. Pablo y Ramón irían con ellas.

—¡No tarden!—recomendó doña Carmen. Vayan en busca de mis hijos....

El Doctor y su amigo decían á doña Dolores que todo quedaba dispuesto en Santa Marta para la misa de requiem, y dispuesto con el decoro debido y con la cristiana elegancia que el caso requería. La misa sería aplicada por el descanso eterno de todos los difuntos de la familia. El servicio fúnebre no duraría mucho; principiaría á las nueve, á muy buena hora, según los deseos de don Juan, para evitar molestias á doña Carmen y á Maria, muy necesitadas de descanso. Todos estaban cansados; al cansancio de la navegación se unían en ellos la mala noche pasada en Veracruz, y la madrugada consiguiente para tomar el tren....

—¡Charlen ustedes, charlen mientras vuelven los chicos!—exclamó don Juan.— Señor Doctor, venga vd. conmigo. La conferencia será breve.

Y dándose aires de galante pisaverde, y haciendo reír á todos, tarareando con su cascada voz un pasaje de Fausto, ofreció el brazo á doña Dolores:

—“Ma bella damigella”....

Reían las señoritas, reía dos Cosme, y doña Carmen movía la cabeza como diciendo:—“¡Qué cosas tiene mi marido!

Ramón se puso serio, como si la galante humorada de su tío no le fuese agradable.

Se levantó la señora, tomó el brazo de su cuñado, y uno y otra entraron en la inmediata habitación. Siguiólos el clérigo solemnemente, y, al llegar á la puerta, dijo en tono oratorio, señalando á la pareja.

—¡Soberbio! ¡Fausto y Margarita!

—Y.... Mefistófeles!—murmuró Maria al oído de su gallarda prima.



X.

—Vamos, mi señora cuñada, tome vd. asiento, aquí cerca de mí!... Señor Doctor: en esa paltrona estará vd. con la mayor comodidad! Vamos al asunto....

Y don Juan se acomodó en el sofá, y encendiendo un cigarrillo prosiguió:

—No quiero ocuparme, Lola, en disertar de lo pasado. Me basta el presente. Lo actual es lo que me interesa, y de ello trataremos en pocas palabras. ¿No es verdad, mi señor compadre? Dime Lola, dime, con toda franqueza.... ¿cómo andas de dinero?

Doña Dolores cruzó sus manos sobre el regazo, y fijó tristemente la mirada en la alfombra.

—Supongo que la abundancia no reina en tu casa, y que poco, casi nada, ó nada, te quedó á la muerte de Ramón.... Se-

gún me han informado, sus negocios iban de mal en peor. Me imagino que todos sus esfuerzos serían inútiles, y que al morir tendría la ruina muy cerca... No quiero, ya lo tengo dicho, hablar de cosas pasadas, tristes y enojosas; pero... ¡Si Ramón hubiera seguido mis consejos, otro habría sido el resultado de sus negocios. ¡Eh! Lo que no tiene remedio... dejarlo...! Puedes creerme, Lola, puedes creerme; ustedes me han juzgado mal... Confieso que fui severo, intransigente, hasta duro... ¡Qué quieres! ¡Los años! ¡La edad! ¡El medio en que vivíamos! Yo no había visto tierras, ni había viajado, ni me eran conocidas muchas cosas... Ahora, libre de prejuicios y de ciertas preocupaciones, a salvo de ciertos influjos, miro muchas cosas de muy distinta manera... Mas no piense vd., Doctor, por esto que digo, que he mudado de opiniones, de principios y de ideas, no señor... Tan buen cristiano como siempre; católico como en mi juventud, y si vd. quiere... conservador como antes, aunque en este punto he modificado mucho mi criterio... Me estoy yendo por donde no debo ir... Vamos, Lolilla, respóndeme... cómo andas de dinero... Mal, ¿no es así?

La señora respondió afirmativamente con una inclinación de cabeza. El canónigo jugaba con la cinta de su reloj. Don Juan

fumaba dulcemente su cigarrillo... Lanzó una bocanada de humo y siguió diciendo:

—Vives difícilmente, sin duda. A lo que pienso, no cuentas con más elementos que con los que Pablo te proporciona. ¿Cuánto gana ese chico?

—Sesenta duros!—respondió la dama tristemente...

—Poco es, sin duda alguna, muy poco! Te compadezco, sí, porque con esa suma, ni haciendo milagros tendrás para los gastos indispensables, para vivir y atender á tus hijos...

—Cierto es que mientras Pablo trabaja, nosotras no estamos mano sobre mano. Algo ganamos. Enriqueta y yo cosemos... Esa pobre niña tiene muy buen gusto, y ella es quien viste á las principales señoritas de la ciudad. Pero esto, como supondrás, no me agrada; me apena verla días enteros cortando, cosiendo y entregada á tan ruda y penosa labor. Ella fué siempre trabajadora. Jamás, ó en muy rara ocasión, tuvo modista, ni en vida de su padre, ni en épocas de abundancia... Elena, la infeliz Elena no puede prestarnos ayuda y eso le entristece y le aflige... Ramón estudia. Es mi gran esperanza... El pobrecillo nada pide, antes por lo contrario, hasta se priva de diversiones y espectáculos que, á su edad, son para un muchacho diaria y cons-

tante tentación... ¿Vestir bien? ¡Ni quien piense en ello! A mí poco me basta, muy poco; yo nada necesito; con todo me conformo; á cualquier cosa me avengo. Pero, esas niñas... Esa pobre Elena es mi constante amargura...

La buena señora, llenos de lágrimas los ojos, trémula y apenada, ahogó un sollozo.

—Serénate, hija mía, serénate!... Seca esas lágrimas, que aquí me tienes á mi, y nada te faltará. No hablemos de ello. Comprendo todo lo que pasa, y para poner remedio á tus penas he venido, á eso nada más. ¿No es verdad, Doctor?

El canónigo movió la cabeza ceremoniosamente, como diciendo: “¿Es verdad!”

—Sí;—continuó la dama—ya me lo ha dicho, y te lo agradezco infinito, como Ramón, desde el Cielo! Poco es lo que necesitamos... muy poco! Llévate á Pablo; me duele separarme de él; pero llévatelo... Colócale allá en un buen empleo, y con eso basta! El es inteligente, caballeroso, amable, simpático... Sus jefes se hacen lenguas para alabarle; dicen que cumple á maravilla con sus obligaciones, y que es modelo de integridad y de buenas costumbres... Válganle tu posición, tus relaciones y tu ayuda. Búscales allá un buen empleo, y te lo mandaré. Con eso basta. Nosotras nos quedaremos aquí. En Pluviosilla la vida no tiene exigencias... No es co-

mo antes, pero con poco se vive... Ni Margarita ni yo gustamos ya de relaciones... ¡hemós tenido tantos desengaños! Nuestra casa es el mundo para nosotros. Ya tú comprenderás que viviendo así, poco se gasta... Y (puedes creerlo) vivimos con decoro. Con una cantidad suficiente que Pablo nos mande, quedará salvada la situación. Ramón seguirá estudiando... Si, como lo espero, sigue por buen camino, aplicado al estudio, saldrá persona de provecho! Yo he querido que Pablo se coloque en Méjico, en alguna casa de comercio... ¡hay allí tantas! pero todos mis esfuerzos han sido inútiles... Ya sabes lo que pasa á quien viene á menos... Muchos amigos, algunos de los cuales debieron á Ramón muchos favores, nos han vuelto la espalda... Alguno, antes tan amable y obsequioso, no se dignó ni contestarme. ¡Sólo Dios sabe lo que hemos sufrido y lo que hemos llorado!

—Pues bien, señora y cuñada mía, todas esas penas acabaron desde hoy. Pablo se irá á Méjico... Allá le colocaremos... mejor dicho, le colocaré allá en mi casa; tú, por de pronto tendrás una mesada, mientras ese chico, que está muy guapo, que me ha caído muy bien, y que parece muy formal, gana lo que debe ganar, y tú y tus hijas se irán también. Ramoncillo estudiará allá.

—Yo preferiría quedarme aquí, por mucho que me duela la separación de mi hijo... ¡Es tan bueno y tan cariñoso!

—No;—replicó el capitalista—no! Todos á Méjico. Mañana mismo principias á quitar la casa... Tú sabrás lo que llevas y lo que dejas... ¿Qué haces aquí en esta ciudad? ¿Piensas encontrar aquí un buen partido para tus hijas?

—¡La pobre no piensa en casorios!

—Pero de pensar tiene...

—No piensa en eso. Y en cuanto á Elena... la infeliz...

—Y si allá se consigue que una eminencia científica le devuelva la vista?

—¡Ya perdí la esperanza! Carmona, y Ramos, y Vélez, me han dicho que no tiene remedio! Esa desgracia ha sido para nosotros la peor de todas! Ramón decía que con tal de que Elenita recobrase la vista... aunque tuviera que ir de puerta en puerta, pidiendo limosna!

—¡No hay que desconfiar de la misericordia de Dios, mi señora doña Dolores!—exclamó el clérigo solemnemente.

—¿Aceptas lo que te propongo? dijo don Juan.

Doña Dolores parecía vacilar. El Doctor se volvió hacia ella y la miró como recordándole su compromiso.

—Como tú lo dispongas!—contestó la dama, venciendo el último escrúpulo.—Pero... sabremos qué dice Pablo

—Pablo hará lo que yo le diga y lo que tú le ordenes. ¡Bueno sería que los muchachos mandaran á los viejos! ¡Lucidos que estaríamos! Vaya, mujer, deja de llorar... ¡Cosa hecha! Y... vamos á comer!...

Don Juan se puso en pie, y lo mismo hicieron el clérigo y la dama. El capitalista abrazó á ésta conmovido, y la acarició dulcemente, con paternal ternura.

• Oíanse voces en la habitación inmediata. Los jóvenes habían vuelto, y departían regocijados en el balcón.

—¡A comer se ha dicho!—prorrumpió don Juan en alta voz, entrando en el saloncillo, á tiempo que un criado decía en francés, desde una de las puertas del fondo:

—Los señores están servidos.



Tabla para lo que yo se diga y lo que
en los orbes. Bueno sería que los mu-
chachos mandaran a los viejos; y los
que están en el / aya mujer, de la de lo-
tra. Cosa hecha. Y vamos a co-
mer.

Don Juan se puso en pie, y lo mismo hi-
cieron el clérigo y la dama. El capitán
le echó a esta comitiva, y la acortó
discretamente con paternal ternura.

Omnis voces en la habitación inmediata.
Las señoras hablan fuerte, y desparan re-
reñidos en el balcón.

La comitiva se ha dicho. — ¡Quinto
don Juan en alta voz, entrando en el salón.
En el tiempo que un criado decía en tan-
tas desde una de las puertas del fondo.

— Las señoras están escritas.



El servicio fúnebre estuvo muy devoto y
solemne. Santa Marta es un templo lindí-
simo y allí todo se hace con seriedad y co-
mo es debido. Es la iglesia más aristocráti-
ca de la ciudad,—si hay aristocracia en Plu-
viosilla,—y en tan suntuoso templo concu-
rren todos los días, no solamente los festi-
vos, las señoras más encopetadas, los caba-
lleros más piadosos y las niñas más bellas
de la clase pudiente.

Allí tienen asiento viejas cofradías y se-
lectas hermandades, unas y otras capaces de
echar la casa por el balcón el día de los Do-
lores de la Virgen, el Viernes de Lázaro
y en la festividad de Nuestra Señora de
Lourdes. Cierta obispo de la Diócesi dijo
de Santa Marta que era el relicario de su
Mitra y dijo verdad, aunque el suntuoso

templo no le debió jamás merced alguna como no fuese la de honrarle con su fausta pastoral visita una noche de Navidad.

No busquéis en ninguna de las tres navecillas de aquel templo, bellezas arquitectónicas, que sabe Dios cómo, con qué trabajo, con qué poquísimo dinero y en qué tiempos tan agitados y tormentosos fué levantada tal iglesia por el esfuerzo heroico de una asociación sin capitales, tan piadosa y constante como generosa y tenaz; no busquéis allí primores de arquitectura ni célebres lienzos de afamados autores; pedidle decoro y aseo, elegancia cristiana y modesto esplendor, que todo esto puede daros merced á la piedad de quienes en tal sitio concurren, y gracias á la dulzura, al talento y al buen gusto y economía de los padres capellanes, todos ellos varones apostólicos, entre los cuales han contado los hijos de Pluviosilla, doctísimos y muy santos sacerdotes.

En cualesquiera fiestas, muy particularmente en los mencionados días, aquel sagrado recinto parece una ascua de oro. Ostentan los altares vistosas galas, lucen columnas y cornisas regios tapices cerúleos, revístense los levitas con hermosos paramentos, más artísticos que valiosos, resuena bajo aquellas bóvedas excelente música, y ocupan el púlpito elocuentísimos predicadores. Es de ver entonces en aquel templo la noble concurrencia que le llena. La esplén-

dida y no bien celebrada flora de Pluviosilla hace alarde en Santa Marta de todos sus prodigios, prodigando en aras y baldosas sus miríficas preseas. El mes de María lleva á templo tan bello inusitadas pompas. Cualquiera diría que con ellas van todas las gardenias de Villaverde y todos los lirios y azucenas de Pluviosilla. Pero Santa Marta, tan risueña y lucida en tales fiestas, tórname adusta y severa en tiempos cuaresmales, cuando llora penitente, y en noviembre cuando pide y ruega por los viajeros de ultratumba. Se enluta noblemente, sin modos ni remilgos de reciente casquivana viuda, que á poco de verse sin marido principia á cansarse de su temprana soledad. Allí en días de duelo todo es grave, serio é imponente. Imponente y grave y seria se mostró esa mañana en la misa de requiem, celebrada por el señor Fernández, en sufragio de todos los Collantes, Aguayos y Buruagas. El altar mayor—engalanado á la sazón con sus lujos florales y alegres,—quedó velado por negro cortinaje, delante del cual fué puesta una piadosa imagen de Jesucristo crucificado, y tibores y ramilletes y candelabros de oro y de cristal dejaron sitio á pesados candeleros de plata sustentadores de gruesos y altos cirios. Lujoso túmulo colocado en el centro de la iglesia, bajo la cúpula esbelta y airosa, rico en terciopelos y galones, quemaba cera virgen, cuyos fue-

gones solemnes daban al recinto entenebrecido aspecto de basílica en regio funeral.

En lo alto del túmulo y en los costados de él, depositaron los Collantes magníficas coronas traídas ex profeso de París.

Mucho plació el servicio al capitalista. Doña Carmen, al salir, dijo á doña Dolores:

—¡Cómo me he acordado de París! Sólo una cosa eché de menos. Aquel suizo de San Sulpicio: un viejo de noble aspecto, que era conmigo de lo más cortés! ¡Que atento! ¡Que ceremonioso! Hija: á mí me era tan simpático que todos los domingos (ya lo sabía él) le daba yo cinco francos de propina!

De la iglesia fueron todos á casa de doña Dolores, la cual había invitado á todos para que allí se desayunaran.

¡Buen trabajo tuvo la pobre Filomena! Se pasó toda la tarde arreglando la vajilla, y casi á media noche dejó lista la mesa.

—Es preciso—decía—que esto quede bien. Los señores están acostumbrados á mucho lujo y á mucho, sí señor! Y luego, como han de venir los mozos franceses á servir la mesa! . . .

Y sacó de los antiguos aparadores de caoba los restos de una vajilla inglesa; restos escasos, que, por suerte, bastaron para las doce personas que debían sentarse á la mesa. Puso en el centro ricas fuentes chinescas para contener bizcochos y pasteles,

y lavó, y limpió, y pulió las tradicionales mancerinas de plata. Elena no quería que salieran á lucir. La pobre niña se decía penosamente:

—No; no es propio de nuestra situación tamaño zlarde de riqueza!

Y como Filomena le contestara, tratando de persuadirla, exclamó, como asaltada por inesperado incidente:

—¡Además: ya eso no se usa! Las mancerinas no son más que unos vejestorios que más estorban que sirven. y que una guarda como cosas curiosas de la pelea pasada!

Pero á las indicaciones de doña Dolores, hubo de ceder la ceguezuela, y los platos arcaicos salieron á lucir sus caprichosas abrazaderas.

Con don Juan vinieron, como era natural, don Cosme y el Canónigo, y con éste, que era persona de lo más cortesana, y por deseo de doña Dolores, francamente expresado, uno de los capellanes de Santa Marta.

¡Lista tuvo que andar Filomena para colocar en la mesa un cubierto más! ¡Buena pena la suya cuando se vió obligada á poner una taza distinta de las demás! ¿Qué hago, niña Margarita!—repetía—¿Qué hago?

—¡Por Dios, mujer,—contestó la blanda señorita—por Dios! Te sacaré de apuros: si te empeñas diré que yo no tomo café, y me traerás solamente un vaso de leche!